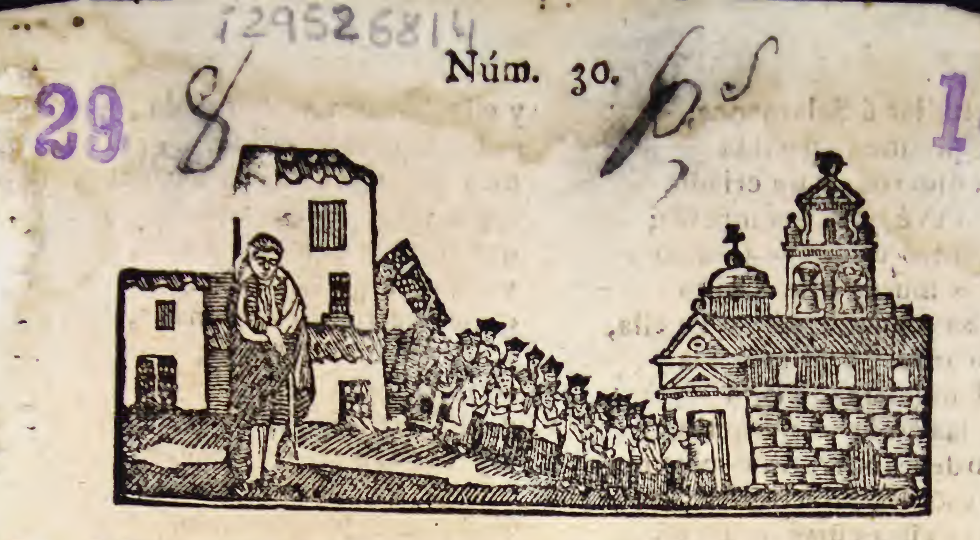


LISARDO

EL ESTUDIANTE DE CÓRDOBA.

ROMANCE EN QUE SE DECLARAN LOS LANCES DE amor, miedos y sobresaltos que le acaecieron con Doña Teodora, natural de Salamanca. Refierese, como habiendo ido una noche á escalar el Convento para sacar á esta Señora, vió su entierro, con otras particularidades.

PRIMERA PARTE.

Escucha Carlos, mi historia,
si no te enfada el oirla
por lo extraordinaria y larga,
ó por no menos prolíxa,
que triste en su confusion;
pues ella será vestida
de repetidos asombros,
siempre anunciando desdichas.
Mi nombre propio es Lisardo,
Córdoba la patria mia,
y tierra donde mis ojos
la primera luz veian.
En esta Ciudad crieme
con las costumbres debidas
y estilos mas bien versados,
que hay en la caballeria;
y despues que hube estudiado
hasta la filosofia,
llegué á la edad mas perfecta
de mis años, pues cumplia
diez y siete primaveras,
quando mi padre sentia,
que andaba mal divertido,
con que al instante me envia

á

á estudiar á Salamanca,
fl.tandome la partida
con dineros, y un criado,
que llevé en mi compañia;
y dentro de breve tiempo
á los muros dimos vista
de Salamanca, entré en ella,
descansé, y al otro dia
la Universidad visito
de las escuelas antiguas,
donde estudiantes concurren
de toda la Monarquia.
Tres años cursé las leyes,
siendo rayo en la porfia
de conferir competencias,
dandole á todo salida,
y con esto en la Ciudad
ya todos me conocian:
adquiri muchos amigos
de mi propia gerarquia,
y entre estos mi voluntad
solo á uno preferia,
tenia por nombre Claudio,
en amistad tan crecida,
de tu por tu nos hablamos,
Claudio una hermana tenia,
llamada Doña Teodora,
de virtudes tan crecidas,
de discrecion recatada.
que de sus ojos las niñas
jamas levantó del suelo,
siempre de Dios asistida:
robome su amor el alma,
quedandó yerto y sin vida,
desde el punto que la vi
era una hoguera encendida,
mi pecho, un volcan ardiente;
y aunque me hallaba á la vista
de Teodora, nunca pude
hablarle sino es por cifras,
y ella honesta y sonrojada
se hacia desentendida,
bien por temor de su hermano,
ó por rigor de dos tias,
que son las que la criaron,
y á su cargo la tenian:
quise pedirla á su hermano,
y me dieron la noticia,
de que estaba para monja
dedicada y dirigida.
Apenas tan tristes nuevas
adquirí quando mis dichas
se desplomaron al suelo,
quedando desde aquel dia
desquadernado de insultos,
desvelado de fatigas,
ostigado de congojas,
y en fin, sin norte y sin guia,
hasta que tuve ocasion
por una Criada misma
de la casa de Teodora,
que humilde y compadecida
de mi, se determinó
por un postigo que habia,
el darme entrada una noche,
de algun interes movida,
me hizo franca aquella puerta,
y con huellas no sentidas
armé de valor el miedo,
subi una escalera arriba.
Llegué al quarto de Teodora,
y á la luz de una buxia
le vide estar inclinada.
á un libro, donde leia,
tan embebida en extremo,
que hasta que la sombra mia
le hizo se recordase,
no sintió quien la impedia.
Quitó del libro los ojos,
y temblando, estremecida,
fue

fue á hablarme, pero no pudo;
yo entonces, Señora mia,
le dixe, no os asusteis,
que vuestro honor no peligra,
que nunca está mas guardado,
que ahora, que le cobija
sangre noble, mas no es tiempo
de que mi descargo os diga,
quando miro los temores
cercados de mi osadia,
contemplo tambien los riegos
que os ofuscan y fatigan,
y asi disculpen mi arrojo
aquesta llama encendida,
aqueste amor abrasado,
que tanto hacia vos me inclina:
mil veces mi tristes ojos
os han dado la noticia,
que con el alma os adoro,
y á todo desentendida
os habeis hecho, sin dar
señas de correspondida:
y si al entrar religiosa
vuestra pasion os dedica,
no quiran servir de estorvo,
que en el estado que sigas,
gustoso seré en serviros
con el alma mientras viva
con pensamientos honestos;
en tanto que le decia
todas estas expresiones,
Teodora volviendo iba
del susto, terror y aspanto,
y al aire un suspiro afirma,
y deshojando el clavel
de sus lavios, me decia:
Ay Lisardo! Quien pudiera
el dar á tu amor cabida,
sin romper obligaciones
del voto, que ya me obliga?
Mira mi recogimiento,
mira el fervor que me anima,
mira tambien la palabra,
que á Dios tengo contraida;
y pues eres entendido,
no me inquietes, vida mia,
para que hemos de engolfarnos
donde esperanzas no hay vivas,
sino es de muertos deseos,
y mañana en aquel dia
sabes, que voy á un Convento
con voluntad libre y fina.
Galantea otra hermosura,
que te pague con caricias,
pues de mi no has de sacar
mas que el serte agradecida.
Y diciendo estas razones,
con ruegos me encarecia
la dexé sola, y me salga
de la casa, pues sentia
no recordase su hermano.
Viendo, que razon tenia,
la obedeci luego al punto,
confuso me despedia:
baxo al Jardin, siento ruido
de armas, y que decia
una voz: abrid, matadle,
tendi la vista, y veia
en la puerta un embozado;
y al ver que no parecia
la criada, discurrí
alguna traicion urdida.
Entre confuso y turbado,
con mi espada prevenida,
sali á la calle de un vuelo,
y mi contrario decia:
no es puesto seguro este
para reñir, y partia;
tiró delante, y seguile,
dispuesto me apercibia

re

resuelto á lo que saliere;
y acelerados, con prisa
fuimos travesando calles,
y al cabo de ellas habia,
ya fuera de la Ciudad,
unas paredes hundidas,
vn sitio tan tenebroso,
que horrorizaba aun de dia.
A mi se volvió, y me dixo
con voz profunda y sentida:
aqui han de matar un hombre,
Lisardo enmienda tu vida,
repara bien lo que haces,
y no vivas tan aprisa.
Esto dixo, y al instante,
como sombra obscurecida
desapareció: ya puedes
ver como yo quedaria,
dexandome tan helado,
que alli acabara la vida.
y juzgo me hallaran muerto,
si con su mente Divina
Dios no me hubiera librado:
O providencia infinita!
Qual es la misericordia
de tus entrañas benignas;
pues sin bastarme los brios,
mi cuerpo en tierra caia,
desaliñado el semblante,
interpolada la vista,
angustiado el corazon,
que en los temores la prisa
siempre ha sido perezosa:
mas cobrando nueva vida,
desamparé poco á poco
el puesto de mi ruina.
Todo cubierto de sombras,
con mortales agonias,
de mi posada las puertas
toqué, y de pronto me abria
mi criado, y conociendo
quan sobresaltado iba,
preguntandome la causa
le di de todo noticia,
por tener de él confianza,
que las penas repetidas,
comunicadas son menos,
si hay quien ayude á sentirlas.
En fin, pasé aquella noche
con desvelos, y á otro dia
Teodora entró en el Convento
con la obstentacion debida,
con el honroso aparato
que la ocasion requeria.
No quisiera ser molesto,
pero tu atencion me obliga:
perdoname amigo Carlos
mi limitada osadia,
que aqui cesa aquesta historia,
mientras que se fortifica,
y corrobora el discurso.
para que adelante siga
con segunda Relacion
de otras penas mas crecidas.

Con licencia: en Córdoba en la Imprenta de Don Juan Garcia Rodriguez de la Torre, Calle de la Libreria.

LISARDO EL ESTUDIANTE DE CÓRDOBA.

SEGUNDA PARTE.

DEspues que hubo Teodora
logrado tan santa vida,
y estado de Religiosa,
modesto anduve unos dias
disimulando mi pena,
le hacia algunas visitas,
ya en publico, ya en secreto:
pero con tal modo iba,
que jamas causé recelo
de las sospechas antiguas.
Quatro meses se pasaron
reiterando esta porfia,
hasta que tocó el Demonio
el clarin de la lascivia,
que con espanto y denuedo
dexó á Teodora vencida,
toda embebida en deseos,
toda en zelos sumergida,
y otras muchas apariencias,
que el Demonio le ponia,
y sin poder reportarse,
me llamó y me dixo un dia:
Lisardo mio, ya ha tiempo,
que me tiene tan sin vida
un exercito de zelos,
un tropel de ansias prolixas,
un lago de pensamientos,
que aunque quiero no soy mia,
tan tuya me constituyo,
que si tu te determinas
á sacarme del Convento,
sin que el temor me desista,
sin que el pundonor me estorve,
me arrojaré compelida
á los lazos de tu amor,
y hallando en ellos cabida
fletaremos nuestras bodas,
ofreciendote la vida,
y mi mano juntamente,
que es el triunfo de mis dichas.
Le respondi: dulce dueño,
amada prenda querida,
no quiero morir, creyendo
con el donaire y la risa,
que me quieres engañar.
Teodora me respondia:
no es engaño, no por cierto,
sino es que tu cobardia
ya busca desaguadero
para olvidarme, y aplica
un lienzo blanco á los ojos,
que rasados los tenia
en lagrimas, y entendiendo
de que no era fantasia,
y sueño lo que escuchaba,
le dixe; Teodora mia,
desde luego me consiento
ya en hacer quanto me pidas.
En fin, trazamos el medio
de que una noche yo habia
de ir á escalar el Convento
y ordenar nuestra partida.
Llegó la aplazada noche,
que no tardó su venida,
me arme lo mejor que pude,
y sin llevar compañia,
tocando el relox las doce,
al monasterio partia
el mas contento del mundo,
sin advertir las ruinas
y desdichas que me aguardan:
ay amor á lo que obligas!
Llegué á las últimas calles,
donde asombradome habia
la primera vez, y apenas
llegué, como que sentia

un

un silencioso ruido
de gente, que ya venia
siguiendome las pisadas;
pero andando á toda prisa,
alargué el paso, y quedeme
oculto tras de una esquina,
y al emparejar conmigo,
uno en alta voz decia:
si es Don Lisardo, matadle,
muera, muera, respondian.
Moviendo un tropel de espadas,
oigo una voz compasiva,
que dice; ay que me han muerto!
Y luego al punto partian
huyendo los agresores,
y en silencio ensordecida
quedó la calle, y quedé,
que el alma se me queria
salir del susto del cuerpo,
y de miedo que tenia,
pues propiamente yo era
aquel á quien muerto habian
á cuchilladas: no obstante
con la obscuridad que hacia
eché á andar, y á pocos pasos
tropezé, Jesus, Maria!
que vino á mis pies rodando
un muerto, y por las heridas
estaba vertiendo sangre,
que al mirarlo conmovia
á dolor y á sentimiento:
aqui ser verdad creia
lo que juzgaba era sueño
de que en aquel sitio habian
de matar un hombre, ay Dios!
y mas quando precedia
verme en tanta desventura,
con la lengua enmudecida,
con los pies casi trabados,
quise huir, y no podia,
quando miro de repente,
que un grande tumulto iba
acercandose ácia mi,
dixe: si esta es la Justicia,
y me hallan con el muerto
en mis manos, quien les quita,
que entiendan que yo soy reo,
y por mas que me desista,
me ordenen muerte afrentosa,
sin tenerla merecida.
Temeroso, pues, de dar
en semejante ruina,
escapé, Dios sabe como:
desde aqui fui á dar noticia
á Teodora de este asombro,
de este aviso que me habia
hecho tragar tantas muertes,
sin tener mas que una vida.
Quando de impensadamente
las campanas se tañian
con tan lugubres clamores,
que en altas voces publican
la muerte del desdichado
á quien quitaron la vida,
que estoy por certificaros,
mas novedad se me hacia
oir doble tan general
á tal hora, pues indica
ser el muerto un gran sujeto
de autoridad esclarecida,
ó ser accion infernal
por extraordinario enigma.
Al compas de estos temores
llegaba casi á dar vista
al Monasterío, y escucho
que por la calle vecina
oigo funerales voces
de un entierro que venia.
Escubrome en un portal,
y vi pasar en dos lineas
un grande acompañamiento
de eclesiasticos, que iban
puestos de sobrepelices,
con sus hachas encendidas,

con

con su Cruz y manga negra
delante , y no conocia
yo á ninguno , con ir tantos
de facciones tan distintas.
Vi á la postre que llevaban
entre quatro , que fatiga!
á un difunto en un Pabes,
ó Feretro , y cubierto iba
con una bayeta negra.
que detras triste seguia.
Acabaron de pasar,
y como me perseguian
á un tiempo tantos asombros,
ya de puro miedo hacia
valor , y algo recobrado;
y ya que llegando iba
al Monasterio , reparo,
que de la Iglesia se vian
entrambas puertas abiertas
con mil luces encendidas,
y todos entraron dentro;
aqui ya despaborida
la mente , cosideraba
de que si atras me volvia,
aun mas peligros me estaban
amenazando la vida.
En fin , mas muerto que vivo,
con la sangre helada y fria
llegué tambien á la Iglesia,
donde tragando salivas
estuve en la puerta un rato
si entraria ó no entraria.
Atendiendo desde alli,
mirando la clerecia,
que dividida en dos coros
las exequias disponian.
Despues que al difunto cuerpo
en medio puesto lo habian
cercado de muchas luces,
le oí cantar la Vigilia,
y dixe: en cantos tan santos
no puede haber fantasia
de apariencias y visiones,
con que á entrar me resolvia.
Lo mas secreto que pude
entré, y con agua bendita
signandome muchas veces,
ni un Pater noster podia
rezar , á causa que todos
pusieron en mi la vista;
clavandome con los ojos
por donde quiera que iba,
no me dexaban ni un punto,
y quando me parecia,
que ya nadie me miraba,
con recato y cortesia
le pregunté al mas cercano
de los cantores que habia
qué quien era aquel difunto?
Y dió un suspiro y decia:
es Lisardo el Estudiante
de quien podreis dar noticias
vos , como que sois el mismo.
Aqui si me acometian
los verdaderos temores,
aqui fueron las fatigas,
aqui fue el tentarme el pecho
por si herido me sentia,
como suele acontecer.
A preguntarle volvia
á otro , á ver si concordaba.
lo mismo me respondia:
á lo qual les repliqué,
mirasen lo que decian
á los dos , que se engañaban,
que yo de cierto sabia,
que no era Lisardo el muerto.
Aun yo acabado no habia
de decir estas razones,
quando aquel que presidia,
puesto en pie dió una palmada,
y por todos respondia,
diciendome: caballero,
quantos están á tu vista

son

son almas del Purgatorio
que ayudadas y asistidas
de la oracion y limosna
de Lisardo, agradecidas
hemos venido á enterrarle,
y á corresponder benignas,
pidiendo á Dios por su alma,
que de presente se mira
en duda su salvacion,
y en grande riesgo metida;
y pues vos nos impedis,
los oficios no prosigan,
que asi vos lo perdereis.
Apenas esto decia
quando matando las luces,
todos desaparecian,
Cai en tierra desmayado.
y aunque casi muerto, oia
las divinas amenazas:
quando en mi acuerdo volvia,
incliné al Cielo los ojos
ante Dios por mi osadia,
diciendo: Señor, conozco
el mal exemplo y doctrina,
que he dado en tu Santa casa,
mas por tu bondad infinita
propongo de aqui adelante
enmendar mi mala vida:
bien conozco, que á ofenderos
mi vil pasion se encamina,
mas vuestra misericordia
de instante á instante me avisa,
y á cada paso me llama,
y yo ciego en mi porfia,
aunque contra vos pequé,
si de aqui salgo con vida,
le echaré la bendicion
al mundo y sus tropelias.
Ea, amparadme, Dios mio:
y entre angustias y fatigas,
asido de las paredes,
fui á mi casa y repartia
dineros, joyas y alhajas;
la ropa de mas estima
le regalé á mi criado,
y abrazandole, decia:
Ea. leal compañero,
Lisardo perdió la vida,
yo propio le vi matar,
que te daré señas fixas,
yo le acompañé en su entierro,
yo asisti mientras se hacian
sus exequias en la iglesia.
Amigo del alma mia,
ya no nos veremes mas,
porque ya Dios me destina
á pasar en penitencia
lo restante de mi vida.
Mañana irás al Convento,
dando á Teodora noticia
dirás lo que me ha pasado,
que reflexione su vida,
y que me encomiende á Dios.
que todo el tiempo que viva
no me verán mas sus ojos:
con lagrimas repetidas
estas razones le dixe
por última despedida.
Hasta aqui llegó la Hisioria,
todo esto es la verdad fixa,
á Dios Carlos, y si acaso
mis suspiros te lastiman,
pide á Dios, que nos defienda
de tentaciones nocivas.

Con licencia: En Córdoba, en la Imprenta de D. Juan García Rodriguez de la Torre, Calle de la Librería.

208.